

LA AFECTIVIDAD

EN LA ESPIRITUALIDAD

Y EN LA PEDAGOGÍA IGNACIANAS

J. Montero Tirado, S. I.

JULIO DE 2002

LA AFECTIVIDAD EN LA ESPIRITUALIDAD Y EN LA PEDAGOGÍA IGNACIANAS

INDICE

- I. LA AFECTIVIDAD EN LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA.**
 - 1. El peso de la afectividad en los Ejercicios de San Ignacio.**
 - 2. La transformación de la persona por la transformación de la afectividad.**
 - a. La ley de la adhesividad.**
 - b. La ley de la expansividad.**
 - c. La ley de la plasticidad.**
 - d. La ley de elasticidad.**
 - 3. Hacia el concepto ignaciano de afectividad.**
- II. LA AFECTIVIDAD EN LA PEDAGOGÍA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.**
 - 1. Ubicar A La persona en sus verdaderas relaciones.**
 - 2. Implicar la totalidad del ser, al hombre y la mujer total.**
 - 3. Fundamentar y ayudar a construir la autoestima.**
 - 4. Enseñar a contemplar**
 - 5. Re-educar la sensibilidad y los sentidos.**
 - 6. Comprometer la imaginación.**
 - 7. El lugar del amor.**
 - 8. Otras estrategias para educar y poner en orden la afectividad.**
- III. CÓMO EDUCAR HOY LA AFECTIVIDAD CON PEDAGOGÍA IGNACIANA.**
 - 1. Introducción.**
 - 2. El concepto de afectividad.**
 - 3. La afectividad en el documento “Características de la educación de la Compañía de Jesús”.**
 - 4. La educación de las emociones.**
 - 5. Los deseos, ante el secuestro de las necesidades.**
 - 6. La sexualidad en el espacio de la afectividad.**
- IV. APROXIMACIÓN A LA DIDÁCTICA DE LA EDUCACIÓN DE LA AFECTIVIDAD CON CRITERIOS IGNACIANOS.**
- V. NOTAS.**
- VI. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.**

LA AFECTIVIDAD EN LA ESPIRITUALIDAD Y EN LA PEDAGOGÍA IGNACIANAS.

J. Montero Tirado, S.I.

I. LA AFECTIVIDAD EN LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA.

1. El peso de la afectividad en los Ejercicios de San Ignacio.

La afectividad es un eje, un motor y una meta esencial en la espiritualidad de San Ignacio de Loyola. Es la clave de la existencia, del crecimiento, de los cambios y la transformación, de la maduración, de la misión, de la realización y de la plenitud de la persona.

Trabajar la afectividad, purificarla de todo desorden, ponerla en orden, desarrollarla, centrarla en el conocimiento y la comunicación íntima con Cristo y llenar toda la vida de amor es la gran tarea.

La iconografía y gran parte de la literatura sobre San Ignacio han creado un estereotipo de su personalidad, en el que por destacar la fortaleza e incluso su rudeza con respecto a sí mismo, han desdibujado los rasgos característicos de su exuberante afectividad.

No han faltado tampoco quienes, en su insistencia a favor de la reflexión y en la profundidad de sus análisis y discernimiento, han visto al hombre frío, calculador, metódico que congela el calor de los afectos y corta las alas a los sentimientos.

La confrontación de la racionalidad con la afectividad ha sido en muchos ambientes de espiritualidad un tema de debate y conflicto.

En los mismos albores de la espiritualidad ignaciana Mercuriano amonesta a Antonio Cordeses que veía en San Ignacio una espiritualidad eminentemente afectiva. La exageración de Cordeses sirvió para provocar reflexiones que llevaron a una solución satisfactoria. Aquaviva en 1590 logra una posición conciliadora. Algunos Directorios de los Ejercicios Espirituales, como el de Doménech, dicen lo mismo claramente: “En los Ejercicios hay que usar las dos potencias, entendimiento y voluntad o afecto, pero más la segunda que la primera”. Es lo que dijo Fabio de Fabi comentando la tercera “anotación”: “Finalmente dése la tercera anotación según la cual explíquese que los Ejercicios no deben ser dirigidos tanto al conocimiento y especulación, como al afecto y acción de la voluntad, esto es, a la caridad y amor de la virtud, deseo y empeño, es decir, a que el alma se sienta encendida en el deseo de agradar y servir a Dios”. (ver F.J. Ruiz Pérez, 2000,104).

Para San Ignacio la relación entre afectividad y racionalidad es dialéctica. Pero no cabe duda de que las vivencias afectivas son determinantes para los objetivos de los Ejercicios y parte substancial del método. En la Anotación 2ª toma postura al orientar al que da los Ejercicios y al justificar el modo cómo debe presentarse la materia de cada ejercicio: “porque no el mucho saber harta y satisface al ánima, mas el sentir y gustar de las cosas internamente” [2].

Desde el título de los Ejercicios Espirituales [21] y desde el Principio y Fundamento [23], hasta el último ejercicio, el de la “Contemplación para alcanzar amor” [230], todo el proceso de los Ejercicios corre por una densa y compleja trama de cauces en los que van y vienen raudales y flujos sutiles de la afectividad de cada ejercitante.

La afectividad es componente substancial de todos los ejercicios [3] y es además resultado y criterio de discernimiento de los mismos (consolación, desolación [6]) y el cambio de la misma es un efecto pretendido de todo el proceso (ver L.M. García Domínguez. 1992,38).

Pero el objetivo no es quedarse en las vivencias y experiencias afectivas sirviéndose de la actividad del entendimiento, el objetivo es la acción garantizada por el compromiso, que se ha hecho con ese clima de luz en la mente y de calidad en la afectividad.

Ruiz Pérez (2000,105) lo resume así: “Es en el compromiso donde quiere anclarse el ejercicio, en donde ha de plasmarse en definitiva la relación entre lo racional y lo afectivo. Mercuriano no dejó de llamar la atención sobre ello: “Pues puesto que en la oración como que comunicamos nuestros planes con Dios, para conocer su divina voluntad y lo que haya de serle más agradable; cuando hemos conocido esto, no resta más que, ayudados con su gracia (que nunca falta a la buena voluntad), lo llevemos después constantemente a la práctica, sin regatear esfuerzo alguno”.

El amor se justifica por sí mismo, pero para San Ignacio el amor “se debe poner más en las obras que en las palabras” [230] (1Jn 3,18).

2. La transformación de la persona por la transformación de la afectividad.

La experiencia personal de Ignacio en su proceso de conversión y su experiencia en los Ejercicios Espirituales le llevaron y nos llevan a una conclusión trascendente para los educadores profesionales: es posible la transformación de la persona por medio de la transformación de la afectividad.

A esta conclusión llegamos por distintos caminos.

El primero es la constatación histórica del proceso de Ignacio. Ignacio cambió no sólo la orientación de su afectividad, sino también su objeto y la definición de su vida. De tener orientada toda su afectividad como “caballero” y “cortesano”, buscando la dama de sus sueños, pasó a ser peregrino haciéndose pobre, compañero, fiel seguidor de Jesús, caballero del Rey Eternal.

El segundo camino, por él mismo descubierto y recorrido, son los Ejercicios Espirituales a los que Carlos Domínguez llama “intento de remodelación afectiva”.

Como dice Jesús Arroyo (Allemany I. 1991,77), “la transformación de la afectividad, tal como se lleva a cabo en los Ejercicios Espirituales, se inspira plenamente en las leyes dinámicas de la afectividad... La primera semana no consiste sólo en purificar el ello (1), sino además en **gozar** elloicamente (1) de los nuevos contenidos que son de amor, de arrepentimiento, de lágrimas, de gratitud y esperanza [316]... Se vive una novedad, apresada ya por los afectos y se estrena un mundo de paz y de bondad que el pecado había hecho imposible”.

La transformación de la afectividad lleva al **amor de adhesión**, pero necesita además la **victoria sobre el “narcisismo”** (el amor propio), para llegar al **compromiso incondicional** con Cristo y con su propuesta y proyecto. El ejercitante que hace este recorrido desde la adhesión al compromiso, logra no sólo la liberación y la libertad de, sino también la liberación y la libertad para.

El proceso de cambio culmina con la transformación del super-yo (Nota 1). El ideal del yo, que en los Ejercicios se define como el seguimiento de Jesús en sus hermanos, queda reflejado en el nuevo proyecto de vida [23.95.146].

La magistral pedagogía de Ignacio ha sabido conducir al ejercitante por un proceso que inicia la transformación de la afectividad desde la primera semana, “en la que libera al ejercitante de sus “contenidos” censurados (personas, objetos, situaciones, lugares, recuerdos, etc.) que la teñían de vivencias incompatibles con el amor de Cristo crucificado. Si esto se logra, la afectividad puede llegar a desear el Reino.

“De este modo, san Ignacio no necesitó valerse de la represión, ni de enfrentamiento alguno, de la frustración o de la ignorancia. La transformación de la afectividad, tal como se lleva a cabo en los Ejercicios Espirituales, se inspira plenamente en las leyes dinámicas de la afectividad”. (J.Arroyo en Allemany I. 1991,77).

Con la observación personal de sus propios movimientos interiores Ignacio conoció profundamente el ámbito de la afectividad y llegó a comprender que la afectividad puede ser reeducada. Hoy la psicología con sus ciencias auxiliares está en condiciones de poner nombre y rigor científico a lo que entonces fue descubrimiento por análisis y discernimiento de las experiencias afectivas personales.

Jesús Arroyo, al estudiar cómo Ignacio “ha sabido servirse de la afectividad convirtiéndola en testigo y colaborador del Espíritu (pero también del pecado)”, reconoce que efectivamente “se puede educar la afectividad, pero solamente si se respetan sus constantes típicas a las que denomina leyes dinámicas de la afectividad” (ver Allemany II, 1991.108).

Estas leyes están implícitas en las propuestas de Ignacio y pueden a su vez ser de gran utilidad para orientar nuestra pedagogía de la afectividad. Las recojo en breve resumen y remito a los lectores a la bibliografía que estoy citando (Allemany II,1991. 109ss).

a. Ley de la adhesividad.

Por experiencia podemos darnos cuenta de que los afectos se adhieren (se pegan) a personas, objetos, recuerdos, situaciones, acontecimientos, etc..en la medida en que nos producen placer, y se retiran de ellos en el caso contrario. Arroyo llama “contenidos” a cuanto puede ser adherido por la afectividad. “Si éstos corresponden al Reino (al proyecto de Cristo), nada hay que oponer. Y si no, se trataría de lo que Ignacio llama afecciones desordenadas [1.3]. Pero las que no son desordenadas cumplen un papel excepcional, tales como la adhesión a Cristo crucificado [53], a su vida, a su muerte [167] y a su gozo [221]”.

b. Ley de la expansividad.

También de esta ley tenemos todas experiencias cotidianas. “El contenido (o contenidos) al cual se han adherido los primeros afectos (p.e. la codicia de riquezas [142] no sólo ha acaparado cargas afectivas, sino que éstas tienden a expandirse (a desplazarse) hacia otras personas y objetos que ofrecen las mismas gratificaciones que el primer contenido. Así se explica, p.e. cómo el deseo pasa de la codicia y riquezas a (la vanidad) vano honor del mundo y a la soberbia [142]; o en otro caso, de la pobreza pasa a la humildad [146]”.

c. Ley de la plasticidad.

Es más compleja. Dice que los contenidos (personas, objetos...) gratificantes a los que la afectividad se ha adherido y luego expandido, influyen sobre esta afectividad, privándole de su neutralidad anterior... Por ejemplo, el individuo que sin ningún control permite que sus afectos se adhieran a las riquezas, al poder, al sexo, etc..., convierte esos afectos en “deseos” de esos mismos contenidos y, en proporción a su intensidad, esos afectos convertidos en deseos dificultan la libertad afectiva.

“De este modo se explica la transformación de la afectividad, que no es otra cosa que un cambio de contenidos, y con esto un cambio de deseos y de orientaciones emocionales para el yo. Se ve en esto la importancia de los posibles aprendizajes a los que se somete a diario el hombre. Lo único que queda intacto es la necesidad insustituible de orientar personas y objetos como gratificaciones para la afectividad: el “conocimiento interno” (del que habla Ignacio p.e. en la petición de las contemplaciones de los ejercicios de la segunda semana) muestra que el saber tiene que estar acompañado de carga afectiva...y así, unidos (el conocimiento y el afecto) son admitidos por el yo, al que le ayudan. En la misma línea van las peticiones y coloquios, insistentemente afectivos, de las cuatro semanas. Sin “somatizarlos”, la voluntad no persevera en la conversión”.

En esta ley se ve con claridad la importancia de los “modelos de identificación” presentados como fuente de gratificación para la afectividad. Ignacio ha cuidado hasta el último detalle la presentación de Jesús como modelo. A través de las cuatro semanas de ejercicios espirituales, el ejercitante ha ido descubriendo el valor de Jesús y cómo su persona, su vida y sus hechos pueden ser definitivamente gratificantes para el ejercitante. Por eso lo presenta en la primera semana amando hasta el extremo y sustituyendo al culpable; en la segunda semana como el gran líder que invita a participar de su propia vida y trabajo; en la tercera semana como el reo inocente injustamente condenado que acepta libremente para demostrar hasta dónde está dispuesto a entregarse por cada uno de nosotros; y finalmente en la cuarta semana como el que busca y acoge a los que fueron infieles y se ofrece incondicionalmente, entregando los poderes de su Espíritu y la solidaridad hasta la muerte.

d. Ley de elasticidad.

“Esta ley presupone que la afectividad es capaz de desprenderse de viejos contenidos y sustituirlos por otros diferentes e, incluso, contrarios a los anteriores (como en el paso de la bandera de Lucifer a la de Jesús [142-146]. Se afirma con esto que dicha afectividad conserva, en mayor o menor proporción, su movilidad (elasticidad) de modo

que se muestre capaz de desplazarse de una serie dada de contenidos a otra adversa y nueva”.

Esta abreviada presentación de las leyes dinámicas de la afectividad está confirmando que con los ejercicios y procesos espirituales son posibles los cambios de la afectividad y abrimos caminos para que los educadores de la afectividad trabajemos holísticamente, con coherencia y con estrategias pedagógicas, es decir, conducentes a facilitar la transformación y maduración afectiva de nuestros educandos y educandas.

3. Hacia el concepto ignaciano de afectividad.

La profundidad y riqueza que Ignacio alcanza en los análisis de la afectividad y su dinámica en cada persona, hacen difícil encontrar un concepto preciso de la misma. No son pocas las palabras con las que Ignacio se refiere a todo lo que se vive en este ámbito. Afecto, afección, deseo, moción, sentidos, sentir, sentimientos, sensualidad, son algunas de las palabras impresionantemente reiteradas en el pequeño libro de los Ejercicios Espirituales.

De todos ellos comentaré solamente tres: afección, deseo y moción, que son los que me parecen más relevantes para entender mejor las características de la afectividad, tal como san Ignacio la presenta en los Ejercicios Espirituales.

El concepto “**afección**” es clave para entender de qué nos habla Ignacio. Calveras refiriéndose a los números [184 y 338] de los Ejercicios dice que “afección, según san Ignacio, es el amor más o menos que se tiene a una cosa o persona, el cual mueve a quien lo tiene y le hace elegir la tal cosa o favorecer a la tal persona con preferencia a otras” (Calveras. 1941,51. Citado por García Domínguez.1992.19s).

Analizando la “afección”, el mismo Calveras encuentra en ella dos componentes. El primero es el “amor”, estado afectivo más o menos intenso, que san Ignacio explica como “amor más o menos que tiene a la cosa” [184] o “estar aficionado” a una persona [338]. El segundo es la “moción que impulsa” la voluntad a elegir o resolverse a favor de la persona, o a querer alcanzar la cosa o a quedarse con ella.

Son dos elementos y dos movimientos de la afectividad. García Domínguez (1992,20) hace notar que “estos dos elementos son antropológicamente distintos, de forma que puede darse el uno sin el otro”.

La palabra “afecto” es usada en los Ejercicios en sentido de afección [153-155], en sentido de sentimiento [50,60,234,363] o también en el sentido de disposición de la voluntad [155].

Al interpretar a san Ignacio, en la palabra afectividad incluimos tanto su **dimensión proyectiva**, que expresa las tendencias que salen del individuo y se dirigen al exterior, como su **dimensión introyectiva**, el camino inverso, es decir, el impacto que ese mundo exterior causa en el sujeto. Propiamente hablando a esto se le llama sensibilidad. (Ver J. Arroyo en Alemany II. 1991,108).

La concreción del afecto en la voluntad es el **deseo**, que se refiere más al segundo elemento de la afección. “Su fuerza es grande; por eso la ordenación del deseo por parte de Dios es el “punto culminante, el fruto de la maduración” realizada en los ejercicios.

Desde los primeros pasos de su conversión, Ignacio ha atendido meticulosamente a la presencia y dinámica de sus deseos. Los “nuevos santos deseos” asumen la iniciativa de su vida. “El deseo está dotado, tal y como se configura en San Ignacio, de un potencial dinámico” (F.J.Ruiz Pérez. 2000, 172)

Esa dinamicidad viene impulsada porque el deseo “es el síntoma de un hiato, de una discontinuidad entre lo que es y lo que debe ser. Es la manifestación de un vacío, que reclama ser satisfecho. En la manifestación de ese vacío ha incidido la percepción de una promesa” (Ruiz Pérez 2000, 232). Se trata de la promesa o de las promesas que espera el ejercitante alcanzar como dones recibidos de las manos de Dios.

San Ignacio exige que el ejercitante inicie su proceso con fuertes deseos [20] y esté dispuesto a “desear y elegir **lo que más** nos conduce para el fin” [23].

Hay una estrecha relación entre el modo cómo Ignacio entiende el poder motriz del deseo y lo que la psicología dinámica nos dice sobre la motivación. Pero no es el momento de quedarnos en el estudio psicológico o fenomenológico del deseo en san Ignacio, ya que el tema con toda su riqueza sólo nos interesa en la medida en que nos orienta para descubrir la pedagogía ignaciana de la afectividad.

La palabra “**moción**” también refuerza lo que estamos diciendo del deseo y en general de las fuerzas dinámicas de la afectividad. “También pertenece a nuestra terminología y se puede presentar en cuanto moción sensual o racional; esta palabra indica más directamente la fuerza motivante, la atracción, el impulso que puede impedir una elección recta o inclinar una deliberación [182]”. (García Domínguez (1992, 21). Las mociones espirituales son movimientos afectivos, signos de la presencia actual de tendencias positivas o negativas. En este contexto podemos aludir a las mociones de la consolación y la desolación, cuyo valor es tan significativo en la espiritualidad ignaciana.

La afectividad humana tiene para san Ignacio dimensión trascendental, porque su origen está en Dios, del que procede toda criatura, y recibe de El la vida. Hecho a su imagen, el ser humano es peregrino, caminante abrigado por los dones de creación, de redención e incontables dones particulares. El modo de amar de Dios, manifestado en todo lo existente y en la historia, es modelo paradigmático del que debemos aprender a amar [230].

Pero el aprendizaje por contemplación no siempre es claro y eficaz, porque puede estar oscurecido o eclipsado por los “afectos desordenados”. El Maestro Ignacio nos propone pedagógicamente los pasos a seguir para ordenar nuestra afectividad y comprometerla sólidamente contemplando y conociendo íntimamente el modo de ser, vivir y amar de Cristo.

Resulta significativo analizar los verbos que Ignacio usa en la segunda semana para definir nuestra relación con El. Los cinco verbos son verbos que se refieren directamente a las relaciones y que perfilan rasgos de profundidad y totalidad en dichas relaciones: conocer, seguir, imitar, servir y amar. (Ver S. Decloux en Alemany I. 1991,401).

Efectivamente El es la luz y el camino para saber cómo es el amor de Dios encarnado y cómo podemos nosotros hacer crecer el nuestro y reproducir el amor divino sin límites ni condiciones, hasta llegar a “amar y servir en todo”.

El estudio del concepto, naturaleza, características y fenomenología de la afectividad en san Ignacio requiere mucho más espacio del que podemos darle aquí; por otra parte hay excelentes estudios sobre el tema, que están al alcance de todos en las revistas y en la bibliografía especializadas y, en cualquier caso, para nuestro propósito de buscar fundamentos y luz a la pedagogía ignaciana de la afectividad no son estrictamente necesarios. Con lo dicho hemos podido hacer ver que la afectividad es tema central y objetivo prioritario de la espiritualidad ignaciana y hemos descubierto algunas pistas iluminadas que nos llevan a nuestra meta.

II. LA AFECTIVIDAD EN LA PEDAGOGÍA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Es difícil hacer un recorrido por los Ejercicios y levantar todos los recursos pedagógicos que el Maestro Ignacio puso en juego para lograr el orden, el desarrollo, la maduración y la plenitud inmanente y trascendente de la afectividad. La maestría de Ignacio aprovecha todos los elementos posibles, incluso los aparentemente más intrascendentes como los detalles de ambiente, postura, sueño y alimentación que propone en las adiciones [73ss. Ver notas correspondientes a las otras semanas], para lograr su objetivo: que el ejercitante camine por los torrentes de la afectividad y desemboque en el abismo y misterio del amor de Dios.

No obstante la dificultad, voy a intentar elegir y destacar aquellos recursos de la pedagogía espiritual que, en mi opinión, más puedan contribuir a iluminar nuestra tarea profesional de educadores de la afectividad.

1. Ubicar a la persona en sus verdaderas relaciones.

Es el sentido de lo que Ignacio propone al ejercitante como Principio y Fundamento [23]. Es un texto fundamental para comprender la antropología ignaciana. El ser humano es un ser de y en relaciones. Todas sus relaciones responden a un orden y están vistas desde la doble dirección de la afectividad, la dirección proyectiva y la dirección introyectiva.

La plenitud de sentido de esas relaciones se evidencia en la plenitud de la vivencia afectiva, en el amor. En el ejercicio de la “Contemplación para alcanzar amor”, último de los Ejercicios espirituales que propone san Ignacio, el ejercitante encuentra los elementos necesarios para alcanzar y vivir en todo ese amor plenificante que desciende de Dios y vuelve a El desde lo más íntimo de nuestro ser.

Como en el Principio y Fundamento, primer ejercicio, en la Contemplación para alcanzar amor vuelve a ubicarse al ejercitante en el escenario de todo lo existente esencialmente sostenido por el amor de Dios.

2. Implicar la totalidad del ser, al hombre y la mujer total.

San Ignacio le dice al ejercitante que en todas las contemplaciones o meditaciones de los Ejercicios Espirituales se debe hacer siempre lo que él llama “oración preparatoria” [49]. En esa oración preparatoria se le pide a Dios gracia “para que todas mis **intenciones, acciones y operaciones** sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de

su divina majestad” [46]. La intención de san Ignacio es la de implicar y comprometer a toda la persona.

Es lo mismo que entregará al final del último ejercicio, el ya citado de la “Contemplación para alcanzar amor”: “Tomad, Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer...todo es vuestro...” [234].

Nada de la persona queda fuera en los ejercicios. Se comprometen lo que él llama, siguiendo la antropología de San Agustín, “las potencias del alma” [45], compromete a todo el cuerpo (ver adiciones, ya aludidas), compromete las fuentes de contacto y relación con toda la realidad que nos envuelve, los sentidos. Como dice Ruiz Pérez, el cambio de la persona y de su afectividad, para san Ignacio, pasa necesariamente por los sentidos. La propuesta de “aplicar los sentidos” [65-72] a las contemplaciones ya hechas, como ejercicios de “repetición” o la incorporación sistemática, sobre todo de la vista y el oído, en las contemplaciones de la segunda semana, refuerzan la convicción que tiene Ignacio sobre el valor de lo sensible para reflexionar para sacar provecho, vivenciar y confirmar la experiencia de lo espiritual.

En el ejercicio con los tres modos de orar sobre los diez mandamientos y de los siete pecados mortales, de las tres potencias del alma y de los cinco sentidos corporales [238-248] Ignacio va más lejos en su convicción sobre el valor de implicar a toda la persona en los ejercicios y el proceso para el cambio, ya que las mismas potencias del alma y los cinco sentidos son objeto de oración. Más aún los cinco sentidos corporales pueden ser esquema y referente para el conocimiento e “imitación” de Cristo [248]. El ejercitante no sólo usa sus sentidos para contemplar a Cristo, sino que contempla cómo Cristo usa sus cinco sentidos, para poderlo imitar también en eso.

García-Monge comentando la primera anotación de los Ejercicios [1,2] reconoce que “en la antropología de Ignacio, lo espiritual tiene que ver con el ánimo y con el ejercicio de la mente (raciocinio, discurso), pero hace ver la torpe desviación que se ha deslizado convirtiendo a los ejercicios espirituales en ejercicios solamente mentales.”

“...Al separarse del cuerpo, los ejercicios se separan también del espíritu, pues en nuestra experiencia no hay espíritu sin cuerpo y no hay conversión sin transformación somática”...

“ La espiritualidad o es corporal o no es espiritualidad y el cuerpo o crece en espiritualidad o no verá, por ahora, el amanecer del Reino. Unos ejercicios espirituales abstractos ni son ejercicios ni espirituales; todo lo más son conductas mentales. Del mal planteamiento del cuerpo, no sólo como lugar de la espiritualidad sino como veracidad del espíritu y visibilización de la vocación personal, depende la transformación de la persona y su crecimiento tanto humano como teologal”.

Lo digo finalmente con sus mismas palabras titulares: “Los ejercicios, para ser espirituales, tienen que ser integrada y conscientemente experiencias corporales” (J.A.García-Monge, en Alemany I. 1991,295ss).

Mucho más y con oportunidad y pertinencia podríamos seguir diciendo sobre este tema, pero prefiero recomendar la lectura de trabajos verdaderamente inspirados como el

reciente libro del mismo García-Monge (2001), publicado con el sugerente título de “Unificación personal y experiencia cristiana. Vivir y orar con la sabiduría del corazón”.

3. Fundamental y ayudar a construir la autoestima.

El proceso que Ignacio le hace vivir al ejercitante en la primera semana de los Ejercicios Espirituales ha sido profundamente estudiado por muchos psicólogos y desde las perspectivas de diversas escuelas de la psicología. No es necesario recogerlos aquí. Pero de cualquier análisis y con la experiencia de haber hecho muchas veces esos ejercicios, estamos en condiciones de aprender una excelente lección para la pedagogía de la afectividad.

La lección es cómo san Ignacio ayuda al ejercitante a dar el salto y el cambio que va desde verse “disminuido” absolutamente, es decir, en sí mismo al contemplarse con toda su “corrupción y fealdad corpórea” y “mirarse como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades...”, y verse también disminuido relativamente al compararse con los demás [58], hasta llegar a contemplar y ponderar “con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por él y cuánto le ha dado de lo que tiene, y consecuentemente el mismo Señor desea dársele” [234].

El proceso de liberación se logra pasando por la experiencia de reconocer mis limitaciones, debilidades, errores y pecados, a pasar a gozar la experiencia de ser ilimitadamente amado siendo tal como es, a cambio de nada, con total gratuidad por parte de Cristo [53] y del Dios Padre [234-237] que Cristo nos reveló.

La autoestima no es engañarse ni ser engañado para crear en el ejercitante o en el educando una imagen idílica de sí, ocultando sus deficiencias. Tampoco se logra humillándole al subrayarle únicamente su pequeñez y torpeza. La autoestima madura en la verdad total. Es decir en el reconocimiento de todo lo que se es, pero primando la certeza de todos los valores reales y potenciales que tiene. El proceso para llegar a la meta pasa indiscutiblemente por la vivencia del amor, la experiencia de saberse amado y la experiencia de ir creciendo en su capacidad y deseo de amar.

Este proceso está genialmente conducido, paso a paso, por el Maestro Ignacio, quien nos abre luz para que nosotros hagamos con su pedagogía un recorrido paralelo.

4. Enseñar a contemplar.

En un mundo saturado de estímulos, viviendo estilos de vida generalmente acelerados; dedicando la mayoría de las horas de ocio a los vertiginosos ritmos de la TV y de los demás medios de comunicación; trasladándonos como nómadas incansables de un lugar a otro para trabajar, comer, curarnos y divertirnos; descansando con más actividades frecuentemente excitantes,... nuestros sentidos viven agitados y sobrevuelan por encima de todas las realidades imaginándolas más que viéndolas, viéndolas efímeramente y jamás contemplándolas.

Quizás tenga toda la razón Gilles Lipovetsky cuando habla del imperio de lo efímero y considera que “el sentido está a la deriva”, al analizar la moda y su destino en las sociedades modernas (2000, 270).

Pero lo cierto es que salvo a excepciones de artistas, místicos, científicos y contemplativos, a la mayoría nos resulta muy difícil contemplar. Eso es como decir que la

mayoría vivimos en la superficie agitada de las personas y las cosas, sin poderlas conocer, sin poderlas desentrañar, sin poderlas gozar y sin poder dejarnos encender por ellas.

Sin contemplación no se vive la vida, nos la viven. Sin contemplación es imposible construir la “civilización del amor”, porque es imposible penetrar y compartir el “conocimiento íntimo” [104], la sublime, misteriosa y profunda intimidad.

San Ignacio enseña a contemplar y entrena al ejercitante en la contemplación de todo, desde la contemplación de su propio mundo interior, hasta la contemplación de Cristo y sus entornos, de Dios, de la Santísima Trinidad, pasando por la contemplación de la historia y de todas las realidades y procesos de la naturaleza [230-237]..

5. Re-educar la sensibilidad y los sentidos.

Analizando el texto de los Ejercicios impresiona constatar la importancia que Ignacio da a la sensibilidad y los sentidos para lograr el objetivo de ordenar y madurar la afectividad y alcanzar el cambio de la persona.

Ignacio sabe que la sensibilidad es diferente en cada persona. Ante una misma realidad cada cual reacciona con distinta sensibilidad. Y obviamente esa diferencia de sensibilidad comporta una diferente manera de percibir la realidad, acceder a ella, interpretarla, concebirla, pensarla y reaccionar ante ella.

Es casi sorprendente que Ignacio piense y haga experimentar que los sentidos son puerta de acceso para la experiencia espiritual. Los ejercicios que él dedica a “la aplicación de sentidos”, reservados además para los fines de la jornada, y hechos después de “repeticiones” del ejercicio fundamental del día, revelan el valor que Ignacio le da.

Los sentidos entran en todas las contemplaciones de Cristo. Ignacio quiere que la totalidad de Cristo sea percibida por todas las fuentes de percepción y de conocimiento que tiene el ejercitante. Está convencido de que para que el conocimiento sea “interno”, es decir íntimo y profundo, ningún camino será mejor que el poner en ejercicio no sólo la reflexión y la imaginación creativa, sino todos los sentidos. Sólo así el conocimiento será experiencial.

En este contexto general, en el que hemos aludido brevemente a la importancia de la sensibilidad y los sentidos en la espiritualidad y la pedagogía ignaciana, vale la pena hablar de la especial importancia que Ignacio le da a la “escucha”.

Para que el ejercitante pueda estar en permanente actitud y comportamiento de escucha, deberá guardar silencio durante los ejercicios y fuera de ellos mientras se esté en esos 30 días de experiencia espiritual. Y para que perciba lo que Dios quiere decirle, aplicará el oído y escuchará lo que dicen los protagonistas de cada contemplación.

Pero la escucha no debe ser sólo del ejercitante, también el que “da los ejercicios” deberá estar muy atento al que los recibe y hablar con éste solamente lo estrictamente necesario para que pueda elaborar por sí mismo el proceso del ejercicio, en diálogo y escucha atenta con Dios [2]..

6. Comprometer la imaginación.

La relación entre la afectividad y la imaginación es múltiple. Un tema tan estudiado y conocido que no merece entretenerse en él. Igualmente podemos decir de la relación entre imaginación, pensamiento y conocimiento. El sólo hecho de que la imaginación se active en el hemisferio derecho del cerebro, ya es suficiente para comprender la importancia de la imaginación para la creatividad y las resonancias afectivas en cada persona.

Gracias a la imaginación hacemos presente lo ausente, lo retenemos en nosotros y lo movemos a nuestro gusto, podemos construir, crear y recrear mentalmente el pasado, el presente y el futuro y podemos producir los símbolos, que unen lo visible y lo invisible

San Ignacio era un hombre de gran imaginación. El hecho, que él mismo cuenta en su Autobiografía (6), de que pasaba horas soñando despierto, abstraído en ello como sin darse cuenta e imaginando muchas cosas, ya nos hace ver su facilidad para imaginar y vivir lo imaginado.

Pero como ha escrito Kolvenbach, “avanzando en su aventura espiritual, Ignacio experimenta la ambivalencia de la imaginación... Aun reconociendo en las Reglas (“*para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que se causan en el alma*”)[314], que el enemigo se sirve del mundo imaginario para hacer “imaginar delectaciones y placeres sensuales”, con el fin de encerrar más al hombre en el sueño de muerte, que es el pecado, Ignacio ha descubierto la potencia creadora de la imaginación...” (1999,49s).

Esa ambigüedad no reduce el valor que le da a la imaginación, pero le hace inteligentemente prudente en su uso. Ignacio pone la imaginación al servicio de “la verdadera historia” [2], para actualizar en el mundo interior del ejercitante las imágenes de los hechos bíblicos y “confronta al que contempla [2], no con los productos de su imaginación, sino con las imágenes que Dios ha manifestado, con las imágenes bíblicas” (ver Kolvenbach. 199, 47-61).

El recurso de la imaginación en los Ejercicios Espirituales es una genial estrategia de Ignacio para ayudar a conocer y vivir profundamente todo lo existente, lo tangible y lo intangible, lo visible y lo invisible, lo material y lo espiritual.

7. El lugar del amor.

Toda la dinámica de los Ejercicios está orientada a poner el amor en la cumbre y como síntesis de todo el proceso y de toda la vida.

La vida entera, la humanidad toda se justifican y alcanzan su perfección en el amor. Si la afectividad no está centrada, purificada y plenificada en el amor, la afectividad será fuerza destructiva o evidencia sensible del vacío y el sinsentido.

La pedagogía de los Ejercicios contribuye a realizar al ser humano en su ideal y a construir la civilización del amor.

Desde los primeros pasos está presente el amor de Dios que nos invita a darle al amor el lugar central de nuestros corazones. Los deseos, las peticiones, las contemplaciones [104, 203,221, 230 y otros] apuntan a lograr ese amor.

No se trata de acoger el amor de Dios para generar un amor intimista, de ensimismación, puramente subjetivo, aislado y aislante. Todo lo contrario. Se trata de un amor a sí mismo, que se proyecta en el amor a Cristo [104], en el amor a Dios [230-237], en el amor a la naturaleza, en el amor a los demás [146, 278], con especial entrega a los pobres [337-344 y contemplaciones de Cristo pobre...]. (Ver “Ejercicios Espirituales y amor preferencial a los pobres”. Kolvenbach. 1999, 171-182).

En la antropología de Ignacio se confirma la misma visión: el ser humano es esencialmente un ser de relaciones; su fin y destino es también relación, en este caso relación integral con Dios [23]. Su realización personal está en que esas relaciones sean relaciones de amor.

Si Ignacio quiere que el ejercitante ponga los medios para “quitar todos los afectos desordenados” [1] es precisamente para posibilitar el acceso, la fidelidad, la unión y la comunión con Dios Amor.

8. Otras estrategias para educar y poner en orden la afectividad.

A través de los Ejercicios Espirituales Ignacio hace trabajar al ejercitante con distintas estrategias que magistralmente van contribuyendo al desarrollo y la madurez de su afectividad. No me es posible explicarlas todas. El lector puede encontrar muchos y valiosos elementos en la bibliografía que cito al final.

Para ayudar a observar el panorama más completo de lo mucho que podemos aprender de la espiritualidad de Ignacio sobre la educación de la afectividad, cito algunos temas que son sugerentes: La “indiferencia” ignaciana como índice de madurez afectiva; Entrenar en el “compromiso”; Aprender a “elegir”; Saber “decidir”; Los “mecanismos de defensa”; La incorporación de la “realidad” (ver el Contexto); La liberación para vivir la libertad, etc.

III. CÓMO EDUCAR HOY LA AFECTIVIDAD CON PEDAGOGÍA IGNACIANA.

1. Introducción.

Los recursos y estrategias que Ignacio propone en los Ejercicios Espirituales, tienen posible aplicación directa a nuestro trabajo de educadores profesionales, extraordinariamente interesados en educar todas las dimensiones de la afectividad para que nuestros educandos aprendan a amar y a ser amados, desarrollen todo su ilimitado potencial afectivo, puedan crear un mundo nuevo de solidaridad y justicia y construir la “civilización del amor”.

Las estrategias de Ignacio son estrategias planteadas desde la espiritualidad, pero que tienen como objetivo la realización del ser humano en toda su totalidad. La antropología de Ignacio como punto de partida está nutrida de las antropologías que estuvieron a su alcance en su educación familiar, en la formación que fue adquiriendo en sus contactos y relaciones sociales, en las distintas Universidades que él recorrió, en sus lecturas de antes y después de su conversión y en el modelo humano que fue configurando día a día con su propia observación, reflexión e inspiraciones espirituales.

Su antropología final, fruto de todos sus conocimientos, vivencias y experiencias sobre el proyecto humano de Dios y las personas con que se encontró, delinea un perfil de ser humano que va mucho más allá de lo imaginado.

A ese modelo de ser humano, a ese nivel de calidad de la afectividad, no se llega aplicando sus estrategias y recursos metodológicos y pedagógicos simplemente como técnicas. Porque en San Ignacio todo está planteado desde la espiritualidad, y cuando nuestro actuar está movido por el espíritu existen fuerzas y variables que no son dominables por la sola técnica.

Quiero decir que el educador que quiere incorporar en su trabajo profesional las estrategias, recursos y técnicas de san Ignacio, tiene que sumergirse en el ámbito de lo espiritual, con los motivos, las intenciones y los fines que sugiere el Espíritu. La pedagogía ignaciana logrará ser tal si responde también a la espiritualidad ignaciana.

No obstante la aplicación de ciertas estrategias de san Ignacio, aunque no estén animadas por su espiritualidad, tienen garantía de éxito, como se ha demostrado históricamente con la extensión que tuvo por todo el mundo, (en ambientes y por educadores no ignacianos), el “Ratio studiorum” de 1599, fruto del modo de entender la espiritualidad y la pedagogía ignacianas en aquella época..

Sin la espiritualidad, también son fecundas las propuestas pedagógicas del mismo Ignacio en sus Ejercicios Espirituales; pero es evidente que su mejor realización y sus mayores frutos vendrán si la pedagogía está inspirada y motivada por las luces y la energía de la espiritualidad.

Las propuestas de Ignacio han demostrado ser válidas por sí mismas a través de los tiempos. Responden a intuiciones geniales, a experiencias personales confirmadas con la reflexión y el método, y a multiplicación de esas experiencias realizadas en diversas épocas y culturas.

Coincide además que algunas de esas propuestas son semejantes o idénticas a propuestas para la educación que las ciencias pedagógicas presentan hoy con promesas de calidad en sus procesos y en sus resultados.

Sobre la educación de la afectividad no hay mucha bibliografía. Últimamente nos sentimos empujados a elaborar nuevas propuestas pedagógicas, gracias a que la psicología de las dos últimas décadas (o poco más) se han empezado a interesar y estudiar con rigor el ámbito afectivo del ser humano. En este caso la psicología se convierte en auxiliar indispensable de las ciencias de la educación y con ella nos encontramos abocados a descubrir, ensayar y consolidar nuevos caminos para educar la afectividad.

2. El concepto de afectividad.

Hay varios factores que explican el que sepamos poco de la afectividad humana y que proporcionalmente a otras dimensiones de la persona aún esté poco estudiada.

Un factor es sin duda la complejidad de la afectividad, que incluye muchas vivencias de la persona y todas ellas impregnadas substancialmente de la subjetividad. Hablar de la afectividad es hablar de sentidos y sensaciones, emociones, sentimientos, deseos, inclinaciones, preferencias, motivaciones,, aspiraciones, creencias, pasiones, ideales, tendencias, amor, etc.

Hasta la historia de la filosofía refleja esta complejidad. Aristóteles se interesó por el deseo; James por las emociones; Descartes por el deseo y la pasión; Hume por la emoción y la pasión; Spinoza y Hegel por la pasión; Brentano, Bergson y Scheler por los sentimientos, etc.

Otro factor significativo es la influencia que el pensamiento de Aristóteles ha tenido y sigue teniendo en Occidente. Para Aristóteles, el sentido de todo lo humano lo proporciona la razón.

Es una posición que resulta menos grata a la postmodernidad. Tras la crisis de la razón, se tiende a pensar que el sentido de todo lo humano está vinculado principalmente al amor. Detrás de esta posición hay muchas corrientes, pero tal vez el pensamiento de Schopenhauer, para quien “el amor y la afectividad son interés de la especie”, se está abriendo camino al proponer el polo opuesto al aristotelismo: “El sentido de todo lo humano lo proporciona la pulsión orgánica afectiva fundamental”. (R.García López, citado en R. Gil Colomer.1997,31).

La afectividad es parte constitutiva de la persona, está vinculada directamente al cuerpo y sus raíces son biológicas, define nuestras relaciones con nosotros mismos, con el entorno y con los demás, y su expresión es absolutamente necesaria para el desarrollo de la persona.

Para algunos, la afectividad se puede interpretar como la totalidad del proceso emocional, es decir, designa el complejo de los estados afectivos, individualizados en las emociones, en los sentimientos y en las pasiones.

Finalmente, podríamos decir con Bernard (1997,205) que **afectividad es “la resonancia activa –en la conciencia del ser humano- de su relación existencial con el ambiente y de su estado vital”**.

Se habla de resonancia porque el ser humano como ser vivo tiene capacidad de percibir con sensibilidad. Y se dice que es “activa” porque no sufre meramente los impulsos, sino que a su vez tiene capacidad de reacción y es centro de iniciativa.

Como dije citando a Arroyo, la afectividad humana tiene doble dinamismo: el de la **sensibilidad**, por el que la realidad externa se le internaliza (introyección); y el de la **afectividad en sentido estricto**, por el cual reacciona y se proyecta hacia el objeto, adhiriéndose o rechazándolo (proyección).

Este concepto de afectividad es útil para orientar nuestro trabajo pedagógico. Educar la sensibilidad para ser capaces de percibir en su calidad cuanto nos rodea, especialmente a los demás seres humanos, y educar la capacidad de respuesta con intensidad vivencial y apertura a la entrega, son dos objetivos demasiado importantes, urgentes y posibles.

3. La afectividad en el documento “Características de la educación de la Compañía de Jesús”.

Con todo lo dicho hasta ahora, se hace evidente que la educación de las instituciones educativas regidas por la Compañía de Jesús debe cuidar con especialísima atención la educación de la afectividad.

Bastaría recordar que la razón de ser de estas instituciones es la de servir a las comunidades, a las familias y a los hijos e hijas para que se capaciten para la vida de acuerdo a la misión y el compromiso que hemos asumido de ser seguidores de Cristo y colaboradores para la construcción de su proyecto, de lo que en términos evangélicos llamamos Reino de Dios. Si Cristo, nos trajo la “Buena Noticia” y nos reveló que Dios nos ama y es Amor, y nos propuso como su único mandamiento el del amor, nuestro trabajo principal es ayudar, educar, formar y capacitar para que esa propuesta sea realidad. Ser fieles a Cristo es promover el amor.

La pedagogía puede retomar este compromiso y orientar el servicio de sus conquistas hacia este objetivo.

En el documento que describe las “Características de la educación de la Compañía de Jesús”, este tema es un tema vertebral..

En el número 25 dice con toda claridad: “Por ello, la educación jesuítica (ignaciana) explora el significado de la vida humana y se preocupa por la formación total de cada estudiante como ser amado personalmente por Dios”.

La experiencia de ser amado es la que verdaderamente genera en los niños su autoestima, la seguridad, el gozo de vivir y su potencial de amor.

Esa experiencia de “ser amado personalmente por Dios invita a una respuesta” (Doc. Características n.40), una respuesta afectiva que crece a través de las distintas etapas evolutivas, junto con el crecimiento intelectual y espiritual (Doc. Características n.42 y 43), apoyados por los profesores y directivos, que son más que guías académicos y están implicados en la vida de los estudiantes con interés personal por su desarrollo (Doc. C. n.43).

Los profesores y profesoras ayudan a sus educandos a que se conozcan, se amen y se acepten a sí mismos (Doc. C. N.49 a) y les enseñan para que “aprendan a reconocer y tratar las diversas influencias que pueden promover o limitar la libertad: los movimientos dentro del propio corazón; experiencias pasadas de todo tipo; interacciones con otras personas; la dinámica de la historia, de las estructuras sociales y de la cultura” (Doc. C. n.49 a y c).

La educación ignaciana debe ayudar a que los educandos se capaciten para saber proyectar la afectividad a los demás. “Una respuesta de amor y una respuesta libre al amor de Dios no puede ser simplemente especulativa o teórica. Por mucho que cueste, los principios especulativos deben conducir a una acción decisiva: el amor se muestra en las obras. Ignacio pide un compromiso total y activo de los hombres y mujeres que “por imitar y parecer más actualmente a Cristo Nuestro Señor”, pondrán en práctica sus ideales en el mundo real de la familia, de los negocios, de los movimientos sociales, de las estructuras políticas y legales y de las actividades religiosas” (Doc. C. n.71).

Y más en concreto nuestra educación “es una preparación para un compromiso en la vida activa, sirve a la fe que realiza la justicia, pretende formar “hombres y mujeres para los demás” y manifiesta una preocupación particular por los pobres” (Doc. C. n.72.76.82.85 y 112).

Este dinamismo de la afectividad proyectada hacia los demás como servicio en favor de ellos, puede y debe alcanzar una proyección trascendental expresamente a

Cristo, de tal manera que la relación con El alcance las características propias de la amistad (Doc. C. n.62 y 64).

Este breve resumen sobre lo que el documento “Características...” dice de la afectividad es suficiente para dejar bien claro que la educación explícita de la afectividad es una característica esencial de la pedagogía ignaciana. Si las instituciones educativas que se inspiran en la espiritualidad y en la pedagogía ignacianas no logran que sus educandos ordenen, desarrollen, maduren, centren y proyecten la afectividad, estas instituciones, aunque alcancen éxitos notables en otros aspectos de la formación y capacitación para la vida, no están respondiendo al sentido y misión para que han sido creadas.

4. La educación de las emociones.

La palabra emoción no sale ni una sola vez en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Sin embargo, es evidente que lo que hoy llamamos emociones, no sólo está reiteradamente presente sino promovido explícitamente por San Ignacio y juega un papel definitivo en los procesos de cambio y maduración de la persona propuestos por él.

En la última década los psicólogos han empezado a interesarse sistemáticamente por la investigación sobre las emociones y por la difusión de los nuevos conocimientos sobre ellas incluso a nivel de ediciones masivas.

Por su parte la pedagogía no ha reaccionado todavía ante el descubrimiento del valor de las emociones para la maduración y realización de la persona, aunque no faltan publicaciones que, a la sombra del éxito editorial de Goleman y su famoso libro “La inteligencia emocional”, han empezado a copar las vidrieras o escaparates de las librerías, ofreciendo de todo, desde simples recetas simplistas, hasta trabajos interesantes y nuevas investigaciones provocadoras.

Greenspan ha denunciado con vigor y sólidos argumentos la dicotomía histórica mantenida por psicólogos y filósofos (Kant, Piaget e incluso Freud) que han reforzado la convicción griega de que en el ser humano prevalece el lado racional de la mente en detrimento del emocional. La mayoría de los educadores profesionales han sido formados con este concepto de la mente que separa radicalmente la inteligencia de los afectos y considera a las emociones como un producto humano (y animal) de menor categoría. Y lógicamente, formados así, actúan coherentemente con esta infravaloración de las emociones.

“Este enfoque descansa sobre premisas erróneas”, ha escrito Greenspan. “Desde el punto de vista histórico, las emociones han sido consideradas de muy diferentes formas: como válvula de escape para una pasión extrema, como reacciones fisiológicas, como estados subjetivos del sentimiento, como señales interpersonales de carácter social”.

“Nuestras observaciones evolutivas indican, sin embargo, que posiblemente el papel más decisivo de las emociones consiste en crear, organizar y coordinar muchas de las más importantes funciones cerebrales”.

“Así, de hecho, vemos que las aptitudes académicas, el sentido del sí mismo, el grado de conciencia y la moralidad tienen un origen común en nuestras experiencias emocionales más precoces y las que les siguen”.

“Por inverosímiles que parezcan estos supuestos, las emociones son, ciertamente, los artífices de una amplia gama de operaciones cognitivas a lo largo de todo el ciclo vital. En efecto, posibilitan todo tipo de pensamiento creativo” (Greenspan. 1998, 20-22).

El libro de Greenspan sobre “El crecimiento de la mente”, publicado con el sugestivo subtítulo “y los ambiguos orígenes de la inteligencia” es desafiante. No es mi propósito recoger aquí toda su teoría sobre el rol de las emociones y su vinculación operativa con el ámbito cognitivo, solamente subrayo la significación de sus valiosas y oportunas investigaciones y confirmo con su autoridad y ciencia la intuición ignaciana. Educar la afectividad, educar para la madurez humana, requiere hoy también asumir explícitamente la educación de las emociones.

Las convicciones de Greenspan pueden ser reforzadas con las investigaciones de Antonio Damásio, del que solamente cito su libro: “El misterio de la conciencia”, en el que recoge importantísimas investigaciones neurológicas y confirma el valor de las emociones para el desarrollo del pensamiento y de las inteligencias.

Saliendo de la psicología y la neurología podemos encontrar fundamento también en la filosofía. Valdría la pena estudiar la “inteligencia sentiente” de Javier Zubiri desde esta perspectiva.

Una visión unilateral de lo cognitivo, separado de lo emocional, llevará consigo una teoría y una práctica insuficientes del aprendizaje. Las emociones de los niños y de los adolescentes son importantísimas para garantizar el éxito o para tropezar en el fracaso de los aprendizajes. Es peligroso el reduccionismo de quienes ponen la esperanza de la educación, la formación y la capacitación solamente en los procesos cognitivos (ojalá que no sean sólo memorísticos) de los alumnos y prescinden de sus procesos emotivos internos en el estudio, en la interacción social en las aulas e incluso en los juegos en las mismas aulas o en los tiempos explícitos llamados de recreación escolar.

Pretender educar solamente con el apoyo en la adquisición de conocimientos abstractos, conceptuales o factuales, y prescindir del mundo afectivo, de las emociones de los educandos es un grave error, si pensamos en el sentido profundo de lo cognitivo. Más aún si consideramos al educando como totalidad. Una vez más vuelvo a plantear la necesidad de que la educación sea integral, implicando la totalidad de la persona; no es posible formarla si prescindimos de la afectividad, que es dimensión esencial constituyente de su ser.

5. Los deseos, ante el secuestro de las necesidades.

El papel que Ignacio le da a los deseos, su reiterada alusión a ellos y la trascendencia de los mimos en el proceso de cambio y maduración, nos ayudan a plantearnos con atención la pedagogía de la afectividad.

A esta razón para tratar el tema, al estudiar la pedagogía ignaciana de la afectividad, se une la larga coyuntura histórica del neoliberalismo y su promoción de la economía del consumo y el mercado, que tan directamente están impactando y distorsionando el ámbito afectivo de personas y sociedades.

La relación entre deseos y afectividad es obvia. Aunque el deseo ha tenido y sigue teniendo definiciones y hasta descripciones diversas, podemos consensuar en ciertos rasgos que le identifican suficientemente.

El deseo es una tendencia a la consecución de un fin. Se ha discutido si los deseos son sensibles, racionales, irracionales, etc. Hasta Santo Tomás de Aquino la mayoría de los filósofos no le reconocían racionalidad a los deseos. Santo Tomás introdujo una variante al considerar que el deseo (que él llama concupiscencia) puede ser sensible o racional a la vez que aspira a un bien que no posee. Para Descartes, Locke y Spinoza el deseo está en el campo de las pasiones. Para ellos no es racional.

En cualquier caso hay coincidencia en que todos los deseos tienen estas notas comunes: “a) sentido de energía, impulso hacia algo de lo que se carece y b) conseguir lo que se apetece con vehemencia” (Ver Gil Colomer. 1997,160s).

“El deseo puede ser entendido como una estructura humana que expresa una aspiración de fondo nunca cumplida o también como una concreción particular, determinada de esa aspiración de fondo, equivalente a lo que designamos también con términos como anhelo, ganas, aspiración, etc.”

“En este sentido, habría que determinar que una cosa es el deseo como movimiento o tendencia básica (la *epithymia* de los griegos como pasión o deseo básico y su equivalente latino de concupiscencia) y otra diferente son los deseos como formulaciones explícitas de esa tendencia en relación a alguien o a algo” (Domínguez Morano.2001, 31).

El estudio y la pedagogía del deseo son especialmente importantes en estas sociedades nuestras inmersas en las manipulaciones del capitalismo y del neoliberalismo.

Una de las grandes trampas del capitalismo es haber reducido al ser humano únicamente a deseos y confundir las necesidades con los deseos, es decir, estimular, provocar deseos en vez de atender a las necesidades; hacer los deseos tan fuertes que produzcan falsas o superfluas necesidades e incentivar la ansiedad para satisfacer esas necesidades mediante el puro consumo. Más aún, el concepto de calidad de vida está normalmente vinculado al consumo de superfluidades, que marcan diferencias sociales y status, más que formas y medios de vida verdaderamente humanizantes.

Por la manipulación de los deseos frecuentemente se nos quedan descubiertas necesidades vitales. Familias con hijos desnutridos pueden estar consumiendo más coca-cola o cerveza que leche.

Este reducir al ser humano a deseos y al mismo tiempo vincular el concepto y la experiencia de la felicidad a la satisfacción de los deseos, está produciendo un tipo de persona alienada y dependiente del consumo.

Para los cristianos el tema es central. Nuestra responsabilidad personal no es sólo la de atender las necesidades para vivir sin riesgos innecesarios, sino también la de hacernos cargo de las necesidades de los demás. La sociedad identificada con las dinámicas del consumismo no se hace cargo de las necesidades ajenas, sino que les saca el dinero entreteniéndoles con la satisfacción de deseos manipuladoramente provocados.

Cuando el evangelista Mateo (25, 31-46) nos representa alegóricamente la evaluación final de Cristo sobre nuestro comportamiento con El y con los demás, lo que Mateo destaca es que Cristo nos pregunta sobre cómo hemos atendido las necesidades vitales de los demás: “Tuve hambre y...”.

Lo que caracterizó a las primeras comunidades como distintivo de ser verdaderamente cristianas era que entre ellos “nadie pasaba necesidad” (Hech 4, 32-35).

Las consecuencias de sustituir las necesidades con deseos son extremadamente serias. No sólo para la verdadera maduración humana personal, sino también para las relaciones sociales, interpersonales, grupales y comunitarias. El amor que se entrega y da generosa y gratuitamente lo que tiene, está amenazado por la ininterrumpida cadena de deseos egocéntricos, que afloran nuevos constantemente y se nos imponen imperativamente.

Jung Mo Sung (1999,48-76) hace un análisis brillante de las causas por las que el compartir y la redistribución de los bienes y riquezas se ha hecho tan difícil. Entre esas causas está el que todos estamos confundiendo los deseos con las necesidades y ponemos como necesario lo que nos viene impuesto por los deseos en general y por el deseo “mimético” en concreto. Deseo mimético es el deseo desencadenado compulsivamente en las mayorías para consumir lo mismo que las elites.

Lo paradójico es que –como dice Hayek (el “papa” del neoliberalismo, según Mo Sung)- el deseo mimético es el impulsor del progreso, sabiendo que “toda sociedad en vías de progreso, en la medida en que depende de dicho proceso de aprendizaje e imitación, sólo admite los deseos que crea como acicate para un esfuerzo posterior; pero no garantiza al individuo resultados positivos” (citado por Mo Sung. 1999, 57).

La educación familiar y escolar para la afectividad tiene que tomarse muy en serio la re-educación de los deseos.

El deseo tiene un largo camino en nuestra vida personal. Empieza con la ruptura del cordón umbilical, porque perdemos la unidad y la unión, pérdida que marcará inconscientemente el rumbo de todas nuestras búsquedas.

“Nacer es ser expulsado del paraíso. Es el momento en el que al efectuarse el corte del cordón umbilical, nos convertimos ya para siempre y de modo esencial en “seres separados”, situación... que viene a constituirse en la dinámica originaria del deseo humano. No éramos antes “seres separados”. Éramos una realidad indivisible con la de nuestra progenitora. A partir de ese momento se inaugura, pues, lo que pasará a constituir la situación más definitoria de nuestra dinámica afectiva y desiderante. El ombligo será la marca de nuestro “cierre”, testigo, por tanto, de nuestra realidad “individual” y de nuestra separación constitutiva”. (Domínguez Morano.2001,68).

Esa permanente aspiración a mantener la unión “incorpora la alteridad” y afectará el modo de vivir y sentir la sexualidad, las “pérdidas y separaciones”, la “latencia y las aperturas”, las “reactivaciones y las resoluciones”, las conquistas de vínculos y los pasos hacia la amistad y el amor. (Ver Domínguez Morano. 2001, 69-87).

6. La sexualidad en el espacio de la afectividad.

Al hablar de la afectividad, de los deseos, de las emociones, de los sentimientos, de las tendencias, de los afectos, etc... y de la educación afectiva es ineludible hablar de la sexualidad.

La educación y la pedagogía de la sexualidad han ocupado a muchos intelectuales y pedagogos especialmente en las cuatro últimas décadas. Y a pesar de que hay tanta

literatura especializada sobre el tema, creo que sigue siendo necesario reflexionar más aún. Por varias razones:

Una razón es que la mayoría o al menos muchas de las propuestas pedagógicas sobre la sexualidad plantean la sexualidad en sí misma, aisladamente y sin vincularla explícitamente a la totalidad de la persona y a veces ni siquiera a la afectividad.

Otra razón es que la mayoría ofrece más bien información casi exclusivamente biológica y fisiológica, sin mayor reflexión humanista y social y sin orientación integrada.

En otros casos, la propuesta pedagógica viene con una visión ética normativa, sin profundizar en los fundamentos y argumentos de esa ética.

Pero sobre todo, creo que hay que volver sobre el tema, porque no suelen tenerse en cuenta las perspectivas, las luces y los cuestionamientos que plantean otras ciencias, como la sociología, la neurología, la historia, etc..

a) En efecto, otras disciplinas científicas están jugando un papel importante en la transformación del concepto y experiencia de la sexualidad. La **psicofisiología**, por ejemplo, -como dice Domínguez Morano, a quien estoy siguiendo en este análisis (2001.50ss)- ha mostrado que la actividad sexual va dejando de estar unívocamente centrada en la reproducción dependiendo de los mecanismos neuro-hormonales y, por ello, dependiendo progresivamente del Sistema Nervioso Central y de las funciones que le son propias en el hombre: lenguajes, simbolización, etc.

b) Los **estudios etnológicos y antropológicos** nos enseñan que a través de los siglos y de los continentes, las sociedades han concebido, practicado y organizado la sexualidad de maneras tan variadas y diferentes como en otros sectores de la actividad humana...La reproducción no ha sido el factor único o principal de las funciones sociales que las sociedades imponían en su organización de la vida sexual.

c) Las **posiciones freudo-marxistas**, con la crítica social de la familia, también han influido desde su perspectiva en la concepción de la sexualidad. W.Reich junto a Marcuse tuvieron eco en la llamada revolución sexual de los años sesenta. El libro de Marcuse “Eros y civilización” constituyó un manual de ideas revolucionarias latentes en las revueltas estudiantiles de esa década en sitios tan distintos y lejanos como Berkeley, París, Berlín o Madrid.

d) En España ha tenido impacto el pensamiento del cordobés Carlos Castilla del Pino, interpretando lo que se ha venido en llamar **“la rebelión contra el padre”**. Las figuras paternas caen de sus pedestales y con esa caída se derrumba también un factor de primer orden en el mantenimiento del control de la sexualidad. En este terreno la libertad y la autonomía sustituyen progresivamente el papel que antes jugaba la autoridad y la obediencia.

e) Siempre existieron íntimas **relaciones entre sexualidad y poder**. Una de esas relaciones dio pie a que la fuerza sexual se representara como símbolo privilegiado de la autoridad y el dominio. El término “impotente” designa, como sabemos, al que no es capaz en ambos sentidos. ...Todo tipo de tiranía social, política o religiosa ha intuido esta dinámica profunda derivada de nuestro acontecer psíquico. La represión sexual, por ello,

se les ha hecho siempre inseparable. En ella han encontrado una pieza fundamental para el mantenimiento de su propia estructuración de poder.

f) Al mismo tiempo, la apertura política que se efectúa por única vía impuesta del sistema capitalista, deja ver también su efecto terrible en la “**mercantilización**” del sexo a la que asistimos en todos los países de nuestra cultura globalizada, esencialmente a partir del mercado.

g) No se puede olvidar tampoco el papel que ha jugado en la caída de los antiguos moldes sexuales la progresiva **secularización de la sociedad occidental**. Basta recordar las disposiciones legales de los actuales gobiernos occidentales, incluso cuando son de talante conservador y cercanos a las instituciones religiosas de sus países, que son abiertamente contrarias a las posiciones mantenidas por éstas en temas tan importantes como el divorcio, el aborto, la homosexualidad, las parejas de hecho, el uso de anticonceptivos, fecundación in vitro, etc. Progresivamente las instituciones religiosas van perdiendo batallas, en estos campos que conciernen de modo tan directo a la vida del deseo.

h) Las **representaciones religiosas** no juegan ya como elemento organizador de la moral sexual, tal como ocurría hace tan sólo unas décadas. Muchos jóvenes de entonces, padres de los jóvenes de hoy, enjuician y valoran el comportamiento sexual de sus hijos de una manera sorprendentemente diversa a como ellos mismos las consideraron para sí. Se han hecho en este sentido, mucho más permisivos, desde el convencimiento de que lo que ellos se vieron obligados a vivir no repercutió de modo positivo en sus vidas. No desean que sus hijos pasen por las mismas experiencias que hoy consideran a todas luces sin justificación ni sentido, cuando no, claramente de carácter negativas. Es un hecho constatado que cada día es mayor la distancia existente entre el juicio moral de los comportamientos sexuales que hacen los católicos practicantes y los planteamientos que permanecen vigentes en la jerarquía eclesiástica.

i) Hay otros factores que están influyendo en los comportamientos y conceptos de la sexualidad y son **factores de transformación social** que en sí eran y son ajenos a la problemática de la sexualidad y a sus posibles valoraciones éticas. Entre estos factores hay que destacar el **alargamiento de la vida**, que gracias a los avances de la medicina, la biología, la química y otras ciencias, nos han beneficiado de manera tan espectacular a partir del último siglo. Las consecuencias en el área de la vida afectiva y sexual han resultado ser de primer orden.

j) La prolongación de la vida ha generado una **transformación en el modo de vivirse la sexualidad femenina**, con una indudable repercusión en la vida de la pareja, de la familia y de las relaciones amorosas en su conjunto. Hasta hace poco tiempo toda la vida sexual de la mujer se veía casi exclusivamente vinculada a las funciones de procreación y crianza de los hijos. Fácilmente la mujer moría poco antes o después de la menopausia y su vida matrimonial estaba prácticamente reducida a una sucesión de embarazos (la media era de cinco o seis hijos, en gran parte debido a la alta mortalidad infantil, a la dificultad para controlar la natalidad así como a la necesidad económica de tener hijos para contar con “mano de obra” en la familia). Actualmente, sin embargo, pueden bastar cuatro años como período entre el matrimonio y el último hijo. Tras lo cual vendrá un largo período en que la pareja vivirá sus relaciones de intercambio y

comunicación afectiva y sexual, que no estarán ya para nada atadas a las funciones procreativas. La vida afectiva y sexual de la pareja se convierte en un proyecto de características completamente diversas. Sin que ninguna teoría, ninguna opción ética y ninguna reflexión haya intervenido, **la procreación ha pasado a un segundo lugar**, mientras que las dimensiones afectivas y de relación interpersonal han pasado a ocupar el lugar preponderante.

k) El **dominio de la contracepción y los métodos de fecundación artificial** constituyen otro rasgo distintivo de la sociedad industrial que dejan sentir su impacto sobre la nueva concepción de la sexualidad, poniendo de manifiesto la posibilidad cada vez mayor de separar reproducción y sexo.

l) Otro factor es el **paso de una sociedad rural a una sociedad industrial**, junto con el fenómeno paralelo de la urbanización. El matrimonio por amor es una invención del siglo XIX.

ll) Finalmente quiero destacar la **influencia de los medios de comunicación** en el concepto de sexualidad. No sólo porque el contenido de los mismos pueda ser facilitador del erotismo sin compromisos, sino porque posibilitan unas comunicaciones y relaciones a distancia, unas experiencias “mediadas”, y hasta comunicaciones virtuales vía Internet, que extienden el horizonte y las oportunidades de vivir relaciones reales o simplemente imaginadas afectiva y sexualmente.

La integración del “tacto” y el “olfato” en las comunicaciones a distancia por medio del internet están revolucionando los modos de afectar y ser afectados, los modos de vivir la afectividad y el potencial sexual de los usuarios. (Ver Alejandro Piscitelli. 2002, 143-151).

Después de este recorrido por los cambios que están sucediendo en torno a la sexualidad, que afecta al concepto de la misma, hay que replantearse el modo como se viene haciendo la educación sexual en la mayoría de las instituciones educativas.

Pienso que no se puede entender la sexualidad sin entender la conciencia afectivo, las modalidades de la afectividad humana, la integración afectiva del cuerpo y la madurez afectiva, así como la dimensión social sexuada del hombre y la mujer y la responsabilidad compartida.

La educación formal de la sexualidad debe fundamentarse en una cultura que pueda justificar sus modos de entender al ser humano y la vida en una antropología y una ética abiertas y humanizadoras. Dicha ética debe superar el conductismo simplista (que pone el acento en hábitos y costumbres, en análisis de los estímulos y las respuestas) y un moralismo heterónomo atrapado en las normas, para pasar a una verdadera moral y una conciencia autónomas progresivamente humanizadoras.

Definitivamente la educación formal de la sexualidad debe superar la segmentación y enrolarse en la educación integral, holística, que se hace cargo de la “totalidad” del ser.

E indiscutiblemente la educación formal de la sexualidad debe partir del “contexto” actual, posibilitar la profundización de los conocimientos partiendo de la “experiencia” personal y de la experiencia transferida, para pasar a la “reflexión” y

definir el compromiso de la “acción” honesta y profundamente humana. Todo lo cual, acción y proceso, debe pasar por una “evaluación” integral.

IV. APROXIMACIÓN A LA DIDÁCTICA DE LA EDUCACIÓN DE LA AFECTIVIDAD CON CRITERIOS IGNACIANOS.

Introduzco este capítulo solamente para decir que las posibles propuestas didácticas para la educación de la afectividad son tan complejas e inabarcables como la afectividad en sí misma.

El hecho de que el mundo todo se ha empequeñecido o mejor dicho que todo en el mundo resulta cercano e interafectante ha complicado más aún las cosas.

Hay problemas y tendencias que se expanden y que contaminan todos los ambientes. Los conflictos de musulmanes con norteamericanos, el vigor de algunos fundamentalismos, el empobrecimiento progresivo de las mayorías frente al enriquecimiento acaparador de minorías muy reducidas, las crisis religiosas, la crisis bastante generalizada de las parejas de matrimonios y de las familias, el erotismo al alcance de todas las edades, el fetichismo instalado en la comercialización del hombre y la mujer objeto, la extensión de la homosexualidad y el lesbianismo, las violaciones, la trata de blancas y la prostitución de menores, los problemas de género, el abuso y el maltrato de las mujeres, las incontables formas de violencia, los crímenes como espectáculo cotidiano en los medios diversos y los crímenes reales incluso entre colegiales, la evasión alienante de las drogas, junto a muchas más y mejores formas de comunicarnos y conocernos, etc., nos apremian a los educadores y nos ponen cuesta arriba la tarea de educar para la convivencia, la justicia, la solidaridad y la paz.

Ningún problema afectivo es individual. La esencial naturaleza social del hombre y la mujer convierten a todo problema afectivo personal en un problema de interés social.

Toda experiencia afectiva resuena de una u otra manera, consciente o inconscientemente en la intimidad personal. Tiene dimensión subjetiva, pero se proyecta también de una u otra manera en los demás.

Es muy difícil decir qué didáctica hay que recomendar.

Los condicionamientos culturales y contextuales de cada grupo de alumnos y alumnas, la edad, el estilo de vida familiar, el nivel socioeconómico, la formación básica general, el proyecto educativo de cada institución, las características de las comunidades educativas y de sus miembros, el contexto moral de la comunidad educativa social y de la sociedad toda donde está la institución, el tipo de relaciones de los alumnos entre sí, de ellos con sus profesores y de sus profesores con ellos, la visión del ideal humano, etc...son algunas de las variables que inciden en el trabajo educativo de la afectividad. Demasiadas para pretender tenerlas en cuenta y pretender decir qué debe hacerse en los espacios educativos formales para educar la afectividad.

En castellano no hay mucha bibliografía sobre la didáctica para la educación de la afectividad. Conozco algunos intentos y programas que suelen considerarse experimentales, que son retocados frecuentemente y que resultan sugerentes.

Entre esos programas quiero citar expresamente uno, no sólo porque me parece que es un buen producto, fruto de un esfuerzo compartido por un gran equipo, sino porque es sistemático y apunta al centro medular de la educación de la afectividad. Me refiero al trabajo publicado en Colombia por “Educar Editores”, realizado por y en los Colegios de los jesuitas de Colombia, en el que han participado 75 psicólogos y 18 Directores de Pastoral, y que ofrece el material didáctico para todos los alumnos, desde Pre-escolar hasta el undécimo curso, es decir hasta el final de bachillerato.

“Formación de la AFECTIVIDAD” pretende desarrollar la capacidad de amar y de expresar el amor en las relaciones interpersonales., lo que implica toda la vida afectiva de la persona, además de su entorno familiar y educativo.

Es de suponer que el desarrollo de este programa esté planteado interdisciplinariamente, buscando que otros aspectos de la afectividad sean considerados y profundizados en todas las demás disciplinas y áreas del diseño curricular.

La educación de la afectividad no debe ser responsabilidad exclusiva de los orientadores, psicólogos y encargados de pastoral (si los hay) en una institución educativa. Todos los profesores y profesoras con su testimonio personal, manejando ejemplarmente sus relaciones con y de los alumnos, creando clima de calidad afectiva y construyendo juntos el proyecto educativo, deben desde sus espacios de educadores y con la integración de las respectivas disciplinas y ciencias, asumir la corresponsabilidad de educar la afectividad para construir juntos la civilización del amor.

V. NOTAS.

(1) Para facilitar al lector la comprensión de lo que Jesús Arroyo dice y para saber a qué se refiere, recojo en esta nota sus conceptos explícitamente definidos por él (1991,72s):

El ello. Constituye...la sede de las pulsiones humanas (mejor dicho, los “derivados” que proviniendo de él acceden a la conciencia: afectividad). Se incluye, por ejemplo el afecto (amor de adhesión), las tendencias destructivas, etc., de las que luego emanan el instinto de posesión, de poder, etc. El ello busca la descarga inmediata de las tensiones pulsionales a fin de reducirlas o debilitarlas lo más posible. A esto se llama *principio de placer*. No olvidar que las pulsiones no están predeterminadas a un objeto dado (como los instintos) sino que sólo piden gratificaciones; todo lo demás depende de los aprendizajes.

El yo. ...Proviene de las cargas elloicas ya dichas que se autonomizan quedándose circunscripta al yo. Se define por lo que puede significar el narcisismo: afán de gloria sobre todo, prestigio, éxitos, vanidad, constituirse en centro de reconocimientos y alabanzas, el orgullo, etc. Todo lo cual induce al individuo a orientarse hacia el mundo exterior (pues en él se hallan las fuentes de sus suministros narcisísticos), al cual se adapta o trata de transformarlo según intereses privados. Se rige por el *principio de realidad*. El amor del yo, ya modificado, es amor de compromiso. Todo lo cual constituye el fundamento psicológico de la espiritualidad ignaciana.

El super-yo. Es la instancia psíquica más tardía en aparecer. Deriva del yo, autonomizándose también las cargas (a menudo hostiles al yo). Una parte de sus funciones es censora, prohibitiva, pero también retribuidora de la aprobación moral, por lo que se le considera como la conciencia adquirida de la persona. Crea la culpa legal, proclive a la neurosis. Le es propio el comportamiento deductivo. Pero en el mismo super-yo residen los ideales del yo y, a veces, los derechos de los otros (tema central en los Ejercicios Espirituales a partir del cual se va a entender la humildad). La culpa ahora es profundamente humana, el comportamiento es inductivo y el sujeto se abre así a los demás. Se caracteriza por el principio del deber.

Esto dicho, el proceso normal en personas adultas, orientado a generar conducta será:

1. El super-yo dicta al yo pautas conductuales derivadas del ideal adquirido.
2. El yo trata de acomodarse a esas pautas en el entorno donde se mueve.
3. Pero deberá mantener controladas las pulsiones elloicas de modo que no perturben los proyectos del super-yo, a no ser que se presten a colaborar. A los recursos de control se les llama “mecanismos de defensa” y actúan casi siempre, desde el inconsciente.

Así –continúa Arroyo-, el Principio y Fundamento sería la primera formación del super-yo (ideal del yo). Las meditaciones sobre los pecados se dedicarían a poner orden en el ello (afectividad), para lo cual el yo se inspira en el ideal recién estrenado. La segunda semana estaría dedicada a “encarnar” el abstracto Principio y Fundamento, de modo que el yo sepa cuál es su itinerario en la vida. La tercera semana lo acercaría al ideal encarnado y crucificado. Sólo la cuarta semana ofrecería la satisfacción de las demandas del ello, del yo y del super-yo, aunque esta triple satisfacción se nos concede en esta vida en esperanza; la plenitud se pospone para después de la muerte. El ello (primera semana: amor de adhesión) y el yo (segunda semana: amor de compromiso) han quedado transformados y preparados para la tercera semana (seguimiento crucificado).

VI. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.

Alemany, Carlos y García Monje, José A. y otros: “Psicología y Ejercicios Ignacianos”. 2 tomos. Bilbao, Edit. Mensajero, 1991. 415 y 519pp.

Antunes, Celso: “A construação do afeto”. Sao Paulo, Editora Augustus, 1999. 157pp.

Bernard, Charles André: “Teología Espiritual. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu”. Madrid, Edit. Atenas, 1997. 572pp.

Blay Fontcuberta, Antonio: “Conciencia axial”. Barcelona, Edic. Indigo, 1990. 273pp.

Cabarrús, Carlos R.: “Crecer bebiendo del propio pozo”. Bilbao, Edit. Desclée de Brouwer, 3ª. Edición, 1998. 161pp.

Calveras, J.: “Qué fruto se ha de sacar de los Ejercicios de San Ignacio”. Barcelona, Edit. Librería Religiosa, 1941.

Camperos Camero, Mercedes: “La formación afectiva del hombre” Caracas, Edit. Biosfera, 1999. 160pp.

Chase, Larry: “Educación afectiva. Desarrollo académico, social y emocional del niño”. México, Edit. Trillas, 1998. 276pp.

Chércoles, Adolfo M.: “La afectividad y los deseos en los Ejercicios Espirituales”. Resumen de ponencias. Barcelona, EIDES, 1994.

Damáσιο, Antonio:: “O misterio da consciencia”. Sao Paulo, Edit. Companhia das letras, 2000. 474pp.

Dantzer, R.: “Las emociones”. Barcelona, Edit. Paidós, 1989. 138pp

Domínguez Morano, Carlos: “Los registros del deseo. Del afecto, el amor y otras pasiones”. Bilbao, Edit. Desclée de Brouwer, 2001. 267pp.

Echarte, Ignacio: “Concordancia Ignaciana”. Bilbao, Edit. Mensajero, 1996. 1447pp.

Gallego, Domingo y Alonso, Catalina y otros: “Inteligencia emocional”. Bogotá, Edit. El Buho, 2000. 334pp.

García Domínguez, Luis M.: “Las afecciones desordenadas. Influjo del subconsciente en la vida espiritual”. Bilbao, Edit. Mensajero, 1992. 180pp.

García Lomas, Juan M.: “Ejercicios espirituales y mundo de hoy” Bilbao, Edit. Mensajero, 1992. 398pp.

García-Monge, José A.: “Treinta palabras para la madurez”. Bilbao, Edit. Desclée de Brouwer, 5ª. Edición, 1999. 240pp.

Garrido, Javier: “Adulto y cristiano. Crisis de realismo y madurez cristiana”. Santander, Edit. Sal Terrae, 1993. 263pp.

Garrido, Javier: “La relación afectiva con Dios”. Vitoria (España), Instituto Teológico de Vida religiosa, 1992. 64pp.

Gil Colomer, R. (editor) “Filosofía de la educación hoy. Diccionario filosófico-pedagógico”. Madrid, Edit. Dykinson, 1997. 589pp.

Giuliani, Maurice: “La experiencia de los Ejercicios Espirituales en la vida”. Bilbao, Edit. Mensajero, 1992. 148pp.

Goleman, Daniel: "La inteligencia emocional". Buenos Aires, Edit. Vergara, 1996. 397pp.

Goleman, Daniel: "El punto ciego". Barcelona, Edit. Plaza y Janés, 1997. 367pp.

Goleman, Daniel: "La práctica de la inteligencia emocional". Barcelona, Edit. Kairós, 1999. 501pp.

Greenspan, Stanley y Thorndike, Nancy: "Las primeras emociones. Las seis etapas principales del desarrollo emocional durante los primeros años de vida". Barcelona, Edit. Paidós, 1997. 285pp.

Greenspan, Stanley: "El crecimiento de la mente y los ambiguos orígenes de la inteligencia" Barcelona, Edit. Paidós, 1998. 401pp.

Güell Barceló, Manuel y Muñoz Redon, J.: "Desconócete a ti mismo. Programa de alfabetización emocional". Barcelona, Edit. Paidós, 1999. 302pp.

Keleman, Stanley: "La experiencia somática. Formación de un yo personal". Bilbao, Edit. Desclée de Brouwer, 1997. 112pp.

Kenny, Anthony: "La metafísica de la mente. Filosofía, psicología, lingüística". Barcelona, Edit. Paidós, 2000. 220pp.

Kolvenbach, Peter Hans: "Decir... al Indecible. Estudios sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio". Bilbao, Edit. Mensajero, 1999. 205pp.

Lazarus, Richard y Bernice: "Pasión y razón. La comprensión de nuestras emociones". Barcelona, Edit. Paidós, 2000. 281pp.

Lipovetsky, Gilles: "El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas". Barcelona, Edit. Anagrama, 7ª edición, 2000. 325pp.

Lucchetti Bingemer, María Clara: "Em tudo amar e servir. Mística trinitária e praxis cristã em Santo Inácio de Loyola". Sao Paulo, Edic. Loyola, 1990. 367pp.

Mo Sung, Jung: "Deseo, mercado y religión". Santander, Edit. Sal Terrae, 1999. 143pp.

Niño Mesa, Fideligno: "Antropología pedagógica. Intelección, voluntad y afectividad". Bogotá, Edit. Magisterio, 1998. 415pp.

Petracchi, Giovacchino: "Affettività e scuola". Brescia, Editrice La Scuola, 1993. 309pp.

Piscitelli, Alejandro: "Ciberculturas 2.0. En la era de las máquinas inteligentes". Buenos Aires, Edith. Paidós, 2002. 285pp.

Rodríguez, Soledad y otras: “Inventario de problemas conductuales y socioemocionales para niños de 3 a 5 años”. Santiago (Chile), Edic. Universidad Católica de Chile, 2a. edición, 1999. 70pp.

Rogers, Colin y Kutnick, Peter: “Psicología social de la escuela primaria”. Barcelona, Edit. Paidós, 1992. 284pp.

Ruiz Pérez, Francisco José: “Teología del camino. Una aproximación antropológico-teológica a Ignacio de Loyola”. Bilbao, Edit. Mensajero, 2000. 275pp.

Steinerm, Claude: “Educacao emocional”. Sao Paulo, Edit. Objetiva, 1998. 200pp.

Thió de Pol, Santiago: “La intimidad del peregrino. Diario espiritual de San Ignacio de Loyola”. Bilbao, Edit. Mensajero, 1990. 255pp.

Zubiri, Xavier: “Inteligencia sentiente”. Madrid, Editorial Alianza, 1980. 288pp.
